

AMOR APROPIADO

GREG EGAN



AMOR APROPIADO

Greg Egan

—Su marido sobrevivirá. De eso no hay duda.

Cerré los ojos durante un momento y casi grité de alivio. En algún momento de las últimas treinta y nueve horas de vigilia, la incertidumbre se había convertido en algo mucho peor que el miedo, y casi había conseguido convencerme a mí misma de que cuando los cirujanos habían dicho que sería entrar y salir, realmente habían querido decir que no había esperanza.

—Sin embargo, va a precisar un cuerpo nuevo. No creo que quiera oír otra relación detallada de sus heridas, pero hay demasiados órganos dañados, muy graves, para que los trasplantes o reparaciones individuales sean una solución viable.

Asentí. Me empezaba a caer bien este señor Allenby, a pesar del resentimiento que sentí cuando se presentó: al menos él me miraba directamente a los ojos y me ofrecía frases claras y directas. Los demás que me habían hablado desde que entré en el hospital se habían cubierto las espaldas; un especialista me había entregado una copia impresa sacada de un Sistema Experto de Análisis de Trauma, que contenía ciento treinta y dos "escenarios de pronóstico" y sus probabilidades respectivas.

Un cuerpo nuevo. Eso no me daba nada de miedo. Sonaba tan limpio, tan simple. Los trasplantes individuales hubiesen implicado abrir a Chris, una y otra vez, arriesgándose a sufrir complicaciones en cada ocasión, cada vez asaltándole de una forma nueva, por beneficiosa que fuese la intención. Durante las primeras horas, una parte de mí se había aferrado a la esperanza absurda de que todo no fuese más que un error; que Chris había salido caminando del accidente de tren, sin sufrir daño; que era otra la persona del quirófano, algún ladrón que le había robado la cartera. Después de obligarme a abandonar semejante fantasía ridícula y aceptar la verdad —que había sufrido heridas, mutilaciones, hasta el borde de la muerte— la idea de un cuerpo nuevo, inmaculado y completo, parecía una concesión casi igual de milagrosa.

Allenby siguió hablando:

—Su póliza cubre por completo esa parte del procedimiento; los técnicos, la madre de alquiler, los cuidadores.

Volví a asentir, esperando que no insistiese en repasar todos los detalles. Conocía todos los detalles. Harían crecer un clon de Chris, interviniendo in utero para evitar que el cerebro desarrollase cualquier capacidad más allá de la de mantener la vida. Una vez nacido, obligarían al clon a alcanzar una madurez prematura pero saludable, por medio de una secuencia de complejas mentiras bioquímicas, simulando los efectos del envejecimiento normal y el ejercicio a nivel sub-celular. Sí, yo todavía tenía reparos —por contratar el cuerpo de una mujer, por crear un "niño" con el cerebro dañado— pero ya nos habíamos atormentado con esos detalles cuando decidimos incluir esa técnica tan cara en nuestras pólizas de seguros. Ahora no era el momento de la duda.

—Pasarán casi dos años antes de que el nuevo cuerpo esté listo. Mientras tanto, lo importante, evidentemente, es mantener con vida el cerebro de su marido. Bien, no hay ninguna posibilidad de que recupere la consciencia en su estado actual, así que no hay ninguna razón real para intentar preservar sus otros órganos.

Eso al principio me sobresaltó, pero luego pensé: ¿Por qué no? ¿Por qué no liberar a Chris del desastre de su cuerpo, de la misma forma que le habían liberado del desastre del tren? Había visto el resultado del choque en la televisión de la sala de espera: los especialistas en rescate cortando el metal con limpios láseres azules, quirúrgicos y precisos. ¿Por qué no completar el acto de liberación? Él era su

cerebro, no sus miembros aplastados, sus huesos rotos, sus órganos dañados y sangrantes. ¿De qué mejor forma podría aguardar la restauración de su salud que en un sopor perfecto y sin sueños, sin riesgo de dolor, sin estar lastrado por los restos de un cuerpo que al final habría que desecar?

—Debo recordarle que su póliza especifica que la opción médicamente sancionada menos costosa se usará como soporte vital mientras crece el nuevo cuerpo.

Casi comencé a contradecirle, pero luego lo recordé: fue la única forma de poder encajar la póliza en nuestro presupuesto; la prima para reemplazos de cuerpos era tan altas que tuvimos que recortar en los detalles. En su momento, Chris había bromeado:

—Espero que no consigan hacer funcionar el almacenamiento criogénico mientras vivamos. No me apetece mucho la idea de que me sonrías desde un congelador durante todos los días durante dos años.

—¿Dice que sólo quiere mantener su cerebro con vida... porque es el método más barato?

Allenby frunció el ceño comprensivo.

—Lo sé, es desagradable tener que pensar en los costes en un momento como éste. Pero debo recalcar que la cláusula se refiere a procedimientos sancionados médicamente. Jamás insistiríamos en nada que no fuese seguro.

Casi dije con furia: No insistirán en que haga nada. Pero no lo hice; no tenía fuerzas para montar una escena, y no habría sido más que un gesto vacío. En teoría, la decisión sería exclusivamente mía. En la práctica, Global Assurance pagaba las facturas. No podía imponer el tratamiento directamente, pero si yo no podía reunir el dinero para pagar la diferencia, sabía que no me quedaba más opción que hacer lo que estuviesen dispuestos a financiar.

Dije:

—Debe darme algo de tiempo, para hablar con los médicos, para pensarlo.

—Sí, claro. Por supuesto. Pero debo explicarle que de entre todas las opciones...

Levanté una mano para silenciarle.

—Por favor. ¿Tenemos que hacerlo ahora? Ya se lo he dicho, tengo que hablar con los médicos. Tengo que dormir un poco. Lo sé: al final tendré que enfrentarme a todos los detalles... las distintas empresas de soporte vital, los distintos servicios que ofrecen, los tipos diferentes de máquinas... lo que sea. Pero puede esperar doce horas, ¿no? Por favor.

No es sólo que me sintiese completamente agotada, probablemente sufriendo todavía el shock, y empezaba a sospechar que me dirigían a una "solución predeterminada" estándar que Allenby ya había valorado hasta el último centavo. Cerca había una mujer de bata blanca, que nos miraba subrepticamente cada pocos segundos, como si esperase el fin de la conversación. No la había visto antes, pero eso no probaba que no formase parte del equipo que cuidaba de Chris; ya me habían mandado seis médicos diferentes. Si tenía alguna noticia, quería oírla.

Allenby dijo:

—Lo lamento, pero si puede concederme unos minutos más, hay algo que realmente debo explicarle.

El tono era de disculpa, pero tenaz. Yo no me sentía nada tenaz; me sentía como si me hubiesen golpeado por todo el cuerpo con un martillo de goma. No confiaba en que pudiese seguir discutiendo sin perder el control, y en cualquier caso, parecía que dejarle hablar sería la forma más rápida de librarse de él. Si me mostraba detalles para los que no estaba preparada, entonces simplemente me desconectaría y se lo haría repetir todo más tarde.

—Adelante —dije.

—De todas las opciones, la menos costosa no requiere de ninguna máquina de soporte vital. Hay una técnica llamada soporte vital biológico que se ha perfeccionado hace poco en Europa. En un periodo de dos años, es más económica que los otros métodos en un factor de veinte. Más aún, el perfil de riesgo es extremadamente favorable.

—¿Soporte vital biológico? Jamás lo había oído.
—Bien, sí, es muy reciente, pero se lo aseguro, está muy perfeccionada.
—Sí, pero ¿qué es? ¿Qué implica en la práctica?
—Se mantiene el cerebro con vida compartiendo el suministro sanguíneo de otra persona.

Le miré fijamente.

—¿Qué? ¿Quiere decir... crear una persona con dos cabezas,..?

Después de llevar tanto tiempo sin dormir, mi sentido de la realidad estaba ya bastante tocado. Durante un momento, literalmente creí que estaba soñando que me había quedado dormida en un sofá de la sala de espera y soñado con buenas noticias, y que ahora mi fantasía Regeneraba hacia la más pura farsa cruel, para castigarme por mi ridículo optimismo.

Pero Allenby no sacó ningún folleto reluciente, mostrando a clientes satisfechos sonriendo de oreja a oreja junto a sus anfitriones.

Dijo:

—No, no, no. Claro que no. El cerebro se saca por completo del cráneo, y se envuelve en una membrana protectora, en un saco lleno de fluido. Y se coloca internamente.

—¿Internamente? ¿Dónde, internamente?

Vaciló, y miró de reojo a la mujer de bata blanca, que seguía revoloteando impaciente a nuestro alrededor. Pareció tomárselo como una señal y comenzó la aproximación. Allenby, comprendí, no había pretendido que lo hiciese, y durante un momento se mostró agitado — pero pronto recuperó la compostura e hizo lo posible por sacarle partido a la intrusión.

Dijo:

—Señora Perrini, ésta es la doctora Gail Sumner. Sin duda, una de las jóvenes ginecólogas más brillantes de este hospital.

La doctora Sumner le dedicó una sonrisa reluciente de esto-será-todo-gracias, luego me puso la mano en el hombro y empezó a apartarme.

Fui —electrónicamente— a todos los bancos del planeta, pero todos parecían introducir mis parámetros financieros en las mismas ecuaciones, e incluso bajo las tasas de interés más punitivas, ninguno estaba dispuesto a prestarme ni una décima parte de lo que necesitaba para compensar la diferencia. El soporte vital biológico era simplemente mucho más barato que los métodos tradicionales.

Mi hermana menor, Debra, dijo:

—¿Por qué no hacerte una histerectomía total? ¡Cortar y quemar, sí! ¡Eso enseñará a los cabrones a intentar colonizar tu matriz!

A mí alrededor todos se volvían locos.

—¿Y luego qué? Chris acabaría muerto, y yo acabaría mutilada. No es mi ideal de victoria.

—Lo habrías dejado claro.

—No quiero dejarlo claro.

—Pero no quieres que te obliguen a llevarlo, ¿no? Escucha: si contratas a la gente de relaciones públicas adecuada, como plan de emergencia, y haces los gestos correctos, podrías tener al setenta u ochenta por ciento del público apoyándote. Organiza un boicot. Dale a la compañía de seguros la suficiente mala publicidad, provócales el suficiente daño financiero, y acabarán pagando lo que quieras.

—No.

—No puedes pensar sólo en ti, Carla. Tienes que pensar en todas las demás mujeres que tratarán de la misma forma si no peleas.

Quizá tuviese razón, pero sabía que yo no podría hacerlo. No podía convertirme a mí misma en una cause célebre y batallar en la prensa; carecía de la fuerza necesaria, la resistencia necesaria. Y pensé: ¿por qué tendría que hacerlo? ¿Por qué

tendría que montar una campaña de relaciones públicas nacional simplemente para conseguir que un contrato se cumpliera de forma justa?

Busqué consejo legal.

—Por supuesto, no pueden obligarla a hacerlo. Hay leyes contra la esclavitud.

—Sí... pero en la práctica, ¿cuál es la alternativa? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Deje morir a su marido. Haga que desconecten la máquina de soporte vital que usa ahora. No es ilegal. El hospital puede, y hará, lo mismo, con o sin su consentimiento, en el momento en que dejen de recibir el pago.

Ya me lo habían repetido media docena de veces, pero seguía sin creerlo.

—¿Cómo puede ser legal asesinarle? Ni siquiera es eutanasia... tiene todas las probabilidades de recuperarse, todas las probabilidades de llevar una vida perfectamente normal.

La abogada agitó la cabeza.

—Está disponible la tecnología para darle a prácticamente todo el mundo, por enfermo que esté, por viejo que sea, por graves que sean sus heridas, una vida perfectamente normal. Pero todo eso cuesta dinero. Los recursos son limitados. Incluso si los doctores y los técnicos médicos estuviesen obligados a ofrecer sus servicios sin coste... y como le he dicho, hay leyes contra la esclavitud... bien, alguien, en algún lugar, tendría que salir perdiendo. El gobierno actual considera que el mercado es el mejor método para decidir quién es ese alguien.

—Bien, no tengo intención de dejarle morir. Lo único que quiero es mantenerlo conectado a una máquina de soporte vital, durante dos años...

—Puede quererlo, pero me temo que simplemente no puede permitirselo. ¿Ha considerado contratar a alguien para llevarlo? Emplearán una madre de alquiler para el nuevo cuerpo, ¿por qué no una para el cerebro? Saldría caro, pero no tanto como los medios mecánicos. Quizá pudiese permitirse la diferencia.

—¡No debería haber ninguna puta diferencia! ¡A las madres de alquiler les pagan una fortuna! ¿Quién le da a Global Assurance el derecho a usar mi cuerpo gratis?

—Ah. Hay una cláusula en su póliza... —le dio a algunas teclas en la estación de trabajo y leyó de la pantalla—: ...aunque de ninguna forma devalúa la contribución del co-signatario como encargado del cuidado, él o ella por la presente renuncia a cualquier remuneración por tales servicios; más aún, en todos los cálculos relativos al párrafo 97(b)...

—Pensé que eso significaba que ninguno de los dos podría cobrar por hacer de enfermera si el otro pasaba un día en la cama resfriado.

—Me temo que cubre bastante más que eso. Le repito, no tienen derecho a obligarla a hacer nada... pero tampoco tienen obligación de pagar por la madre de alquiler. Cuando calculan los costes del método más barato para mantener a su marido con vida, esa cláusula le da derecho a hacerlo asumiendo que usted escogería suministrarle soporte vital.

—Por tanto, al final es una cuestión de... ¿contabilidad?

—Exacto.

Durante un momento, no se me ocurrió nada más que decir. Sabía que me la estaban jugando, pero parecía que se me habían acabado las formas de expresarlo.

Luego, al final, se me ocurrió hacer la pregunta más evidente de todas.

—Supongamos que hubiese sido al revés. Supongamos que yo hubiese estado en ese tren, en lugar de Chris. Entonces, ¿hubiesen pagado por la madre de alquiler... o habrían dado por supuesto que él llevaría mi cerebro en su interior durante dos años?

La abogada dijo, con cara de póquer:

—La verdad es que no me gustaría aventurar una respuesta a esa pregunta.

Chris tenía vendas en algunas partes, pero la mayor parte del cuerpo estaba cubierto por una miríada de pequeñas máquinas, agarradas a su piel como parásitos beneficiosos; alimentándole, oxigenando y purificando su sangre,

administrado medicación, quizá reparando huesos y tejidos dañados, aunque sólo fuese para retrasar el deterioro. Podía verle parte de la cara, incluyendo un ojo —cosido para mantenerlo cerrado— y zonas de piel magullada aquí y allá. El brazo derecho estaba desnudo por completo; le habían quitado el anillo de casado. Habían amputado ambas piernas bajo los muslos.

No podía acercarme demasiado; estaba encerrado en una tienda estéril de plástico, como de cinco metros cuadrados, una especie de habitación dentro de la habitación. Un robot enfermero de tres brazos aguardaba en una esquina, inmóvil pero atento, aunque yo no podía imaginar las circunstancias que harían que su intervención hubiese sido mucho más útil que la de los robots más pequeños que ya trabajaban.

Visitarle era absurdo, sí. Estaba en un coma profundo, sin ni siquiera soñar; no podía confortarle. Pero pasaba horas allí sentada, como si necesitase el recuerdo constante de que su cuerpo estaba dañado más allá de toda reparación; que realmente necesitaba mi ayuda, o no sobreviviría.

En ocasiones, mi vacilación me resultaba tan abominable que ni siquiera podía creer que todavía no hubiese firmado los formularios e iniciado el tratamiento preparatorio. ¡Su vida estaba en juego! ¿Cómo podía tener reparos? ¿Cómo podía ser tan egoísta? Y sin embargo, esa culpa hacía que me sintiese tan enfadada y resentida como todo lo demás: la coerción que no era del todo coerción, la disparidad de sexos a la que no me atrevía a enfrentarme.

Negarme, dejarle morir, era impensable. Y sin embargo... ¿hubiese llevado el cerebro de un completo desconocido? No. Dejar que un desconocido muriese no era impensable en absoluto. ¿Lo hubiese hecho por un conocido? No. ¿Un amigo íntimo? Por algunos, quizá... pero no por otros.

Bien, ¿hasta qué punto le amaba? ¿Lo suficiente?

¡Claro!

¿Por qué "claro"?

Era una cuestión de... ¿lealtad? No era la palabra; olía demasiado a algún tipo de obligación contractual implícita, una forma de "deber", tan pernicioso e idiota como el patriotismo. Bien, el "deber" podía irse a la mierda; no era eso.

Entonces, ¿por qué? ¿Qué hacía que él fuese especial? ¿Qué le hacía diferente a un amigo íntimo?

No tenía respuesta, ni las palabras correctas, sólo un flujo de imágenes de Chris cargadas de emociones. Así que me dije a mí misma: ahora no es momento de analizar, de diseccionar. No preciso una respuesta; sé lo que siento.

Me tambaleaba entre despreciarme a mí misma por considerar —por teóricamente que fuese— la posibilidad de dejarle morir, y despreciaba el hecho de que me estuviese coaccionado para hacer algo con mi cuerpo que yo no quería hacer. La solución, evidentemente, hubiese sido no hacer ninguna de las dos cosas, pero, ¿qué esperaba? ¿Un benefactor rico que saliese de detrás de una cortina e hiciese desaparecer el dilema?

Había visto un documental, una semana antes del accidente, que mostraba a cientos de miles de hombres y mujeres en África Central que pasaban toda la vida cuidando de parientes moribundos, simplemente porque no se podían permitir las medicinas contra el SIDA que, virtualmente, habían eliminado la enfermedad de los países ricos veinte años antes. ¿Si ellos hubiesen podido salvar la vida de sus seres queridos con el minúsculo "sacrificio" de cargar con un kilo y medio extra durante dos años...?

Al final, desistí de intentar reconciliar las contradicciones. Tenía derecho a sentirme furiosa, estafada y resentida, pero seguía siendo cierto que quería que Chris viviese. Si no iba a dejarme manipular, tenía que valer para ambas partes; reaccionar a ciegas contra la forma en que me habían tratado no hubiese sido menos estúpido y deshonesto que la cooperación más pasiva.

Se me ocurrió —tardíamente— que Global Assurance podría no haber sido del todo ingenua en la forma en que me habían puesto en contra. Después de todo, si dejaba que Chris muriese, ellos se ahorrarían no sólo el pequeño coste del soporte

vital biológico, con el útero gratis, sino también todo el gasto de reemplazar el cuerpo. Algo de grosería bien situada, algo de psicología inversa...

La única forma de conservar la cordura era trascender toda esa mierda; declarar que Global Assurance y todas sus maquinaciones eran irrelevantes; llevaría su cerebro, no porque me hubiesen forzado; no porque me sintiese culpable u obligada; no para demostrar que no me podían manipular, sino por la simple razón de que le amaba lo suficiente como para desear salvarle la vida.

Me inyectaron un blastocito modificado genéticamente, un conjunto de células que se implantó en mi pared uterina y engañó a mi cuerpo haciéndole creer que yo estaba embarazada.

¿Engañar? Dejó de venirme la regla. Sufrí de náuseas matutinas, anemia, supresión inmunológica, ataques de hambre. El pseudo-embrión creció a un ritmo literalmente vertiginoso, mucho más rápido que cualquier niño, formando con rapidez las membranas protectoras y el saco amniótico, y creando un suministro sanguíneo placentario que con el tiempo tendría la capacidad de mantener a un cerebro ansioso de oxígeno.

Había planeado seguir trabajando como si no pasase nada, pero pronto descubrí que no podía; estaba demasiado indispuesta, y demasiado agotada para funcionar con normalidad. En cinco semanas, la cosa que llevaba dentro crecería hasta tener el tamaño que a un feto le llevaría cinco meses alcanzar. Con cada comida me tragaba un puñado de cápsulas de suplementos dietéticos, pero seguía demasiado letárgica para hacer nada que no fuese quedarme sentada en el piso, ensayando intentos desganados de alejar el aburrimiento con libros y basura televisiva. Vomitaba una o dos veces al día, orinaba tres o cuatro veces por noche. Lo que de por sí ya era bastante malo, pero estoy segura de haberme sentido peor de lo que esos síntomas podrían explicar.

Quizá parte del problema fuese la carencia de una forma simple de considerar lo que me estaba pasando. Aparte de la estructura real del "embrión", estaba embarazada -en todos los sentidos bioquímicos y psicológicos de la palabra- pero no podía permitirme participar del engaño. Incluso medio fingir que la masa de tejido amorfo de mi útero era un niño hubiese sido poner las bases de una completa desintegración emocional. Pero... entonces, ¿qué era? ¿Un tumor? Estaba más cerca de la verdad, pero no era exactamente la clase de imagen sustitutiva que me convenía.

Claro está, intelectualmente, sabía exactamente qué tenía en mi interior, y exactamente qué le pasaría. No estaba embarazada con un niño que estuviese destinado a ser arrancado del útero para dejar sitio al cerebro de mi marido. No tenía un tumor vampírico que seguiría creciendo hasta haberme chupado tanta sangre que me quedaría demasiado débil para moverme. Llevaba un bulto benigno, una herramienta diseñada para una tarea específica, una tarea que yo había decidido aceptar.

Por tanto, ¿por qué me sentía en un estado perpetuo de confusión y depresión, y en ocasiones, tan desesperada que tenía fantasías de suicidio y aborto, de abrirme yo misma, de tirarme escaleras abajo? Estaba cansada, sentía náuseas, no esperaba estar bailando de felicidad, pero ¿por qué coño me sentía tan infeliz que no podía dejar de pensar en la muerte?

Podía haber recitado algún mantra explicativo: Lo hago por Chris. Lo hago por Chris.

Pero no lo hacía. Ya le detestaba lo suficiente; no quería acabar odiándole.

A principios de la sexta semana, una ecografía mostró que el saco amniótico había alcanzado el tamaño adecuado, y el Doppler del flujo sanguíneo confirmó que este elemento también estaba ajustado. Ingresé en el hospital para la sustitución.

Podía haber visitado a Chris por última vez, pero me mantuve a distancia. No quería pensar demasiado en la mecánica de lo que me esperaba.

La doctora Sumner dijo:

—No hay de qué preocuparse. Rutinariamente se realizan operaciones fetales mucho más complejas que ésta.

Yo dije entre dientes:

—Esto no es una operación fetal.

Ella dijo:

— Bien... no —como si la noticia la hubiese tomado por sorpresa.

Al despertar tras la operación, me sentí peor que nunca. Coloqué una mano sobre el vientre; la herida estaba limpia e insensible, los puntos estaban ocultos. Me habían dicho que ni siquiera quedaría una cicatriz.

Pensé: Está en mi interior. Ahora no pueden hacerle daño. Eso he ganado.

Cerré los ojos. No tenía problemas para imaginar a Chris, tal como había sido... tal y como volvería a ser. Me quedé medio dormida, extrayendo sin vergüenza recuerdos de los momentos más felices que habíamos compartido. Nunca antes me había permitido fantasías sentimentales -no eran mi estilo, odiaba vivir en el pasado- pero ahora agradecía cualquier truco que me diese fuerzas. Me dejé oír su voz, ver su cara, sentir su tacto...

Evidentemente, ahora su cuerpo estaba muerto. Irreversiblemente muerto. Abrí los ojos y miré a la hinchazón de mi abdomen, e imaginé su contenido: un trozo de carne de su cadáver. Un trozo de materia gris, arrancada del cráneo de su cadáver.

Había ayunado para la operación, tenía el estómago vacío, no tenía nada para vomitar. Me quedé allí tendida durante horas, limitándome a limpiar el sudor de la frente con la punta de la sábana, intentando dejar de temblar.

En términos de tamaño, estaba embarazada de cinco meses.

En términos de peso, siete meses.

Durante dos años.

Si Kafka hubiese sido mujer...

No me acostumbré, pero aprendí a soportarlo. Había formas de dormir, formas de sentarse, formas de moverse que eran más cómodas que otras. Estaba cansada durante todo el día, pero había ocasiones en las que tenía tanta energía que casi me sentía normal, y las empleaba bien. Trabajé duro y no me quedé atrás. El Departamento lanzaba un nuevo ataque contra la evasión de impuestos corporativa; me entregué con más celo del que nunca había sentido antes. Mi entusiasmo era artificial, pero eso no era lo importante; precisaba del impulso para seguir adelante.

En un día bueno, me sentía optimista: cansada, como siempre, pero triunfantemente persistente. En un mal día, pensaba: Cabrones, ¿creéis que esto me hará odiarles? Es a vosotros a quienes odio, a vosotros a quienes desprecio. En un día malo, hacía planes contra Global Assurance. Antes no había estado preparada para luchar contra ellos, pero cuando Chris estuviese a salvo, y hubiese recuperado las fuerzas, encontraría una forma de hacerles daño.

Las reacciones de mis colegas fueron variadas. Algunos me admiraban. Algunos creían que me había dejado explotar. Algunos simplemente sentían asco ante la idea de un cerebro humano flotando en mi útero, y para desafiar mis propios escrúpulos, me enfrentaba a esa gente siempre que podía.

—Venga, toca — decía—. No te morderá. Ni siquiera dará una patada.

Había un cerebro en mi útero, pálido y lleno de circonvoluciones. ¿Y qué? Tenía un objeto igualmente feo en mi propio cráneo. Es más, todo mi cuerpo estaba lleno de menudillos de aspecto repulsivo, un hecho que jamás me había molestado.

Así que conquisté mis reacciones viscerales contra el órgano en sí, pero pensar en Chris seguía siendo un difícil acto de equilibrista.

Me resistí a la insidiosa tentación de engañarme creyendo que mantenía "contacto" con él por "telepatía", a través de la corriente sanguínea, por cualquier

medio. Quizá las mujeres embarazadas comparten una empatía real con sus hijos por nacer; nunca he estado embarazada, así que no lo sabía. Ciertamente, un niño en el útero podría oír la voz de su madre, pero un cerebro en coma, sin órganos sensoriales, era algo totalmente diferente. En el mejor de los casos —o peor— quizá ciertas hormonas de la sangre atravesaban la placenta y producían algún efecto mínimo en su estado.

¿En su estado de ánimo?

Estaba en coma, no tenía estados de ánimo.

De hecho, era más fácil, y más seguro, no pensar en el como situado dentro de mí, y menos aún experimentando nada. Yo llevaba una parte de él; la madre de alquiler del clon llevaba otra. Sólo volvería a existir realmente cuando se uniesen las dos; por ahora, se encontraba en el limbo, ni vivo ni muerto.

Esa aproximación pragmática me servía, la mayor parte del tiempo. Evidentemente, había momentos en que sufría una especie de pánico al comprender de nuevo la extraña naturaleza de lo que había hecho. A veces me despertaba de una pesadilla creyendo —durante un segundo o dos— que Chris estaba muerto y su espíritu me había poseído; o que su cerebro había enviado nervios a mi cuerpo y había tomado el control de mis miembros; o que estaba totalmente consciente, y se volvía loco por la soledad y la privación sensorial. Pero no estaba poseída, mis miembros me obedecían y todos los meses un PET y un "EEG uterino" demostraban que seguía en coma, sin sufrir daño, pero inerte mentalmente.

De hecho, los sueños que más odiaba eran aquéllos en los que llevaba un niño. De esos me despertaba con la mano en el vientre, contemplando extática el milagro de la nueva vida que crecía en mi interior, hasta que recuperaba el juicio y me arrastraba furiosa fuera de la cama. Empezaba la mañana del peor humor, entrechocando los dientes mientras meaba, tiraba los platos del desayuno sobre la mesa, gritaba insultos a nadie en particular mientras me vestía. Por suerte, vivía sola.

Pero no puedo tenerle en cuenta a mi pobre cuerpo asaltado que lo intentase. Mi embarazo grande y maratónico se alargaba interminablemente; no es de extrañar que intentase compensarme los inconvenientes con algunas dosis medicinales de amor maternal. Mi rechazo debió parecer de lo más ingrato; qué desconcertante descubrir que las imágenes y sentimiento se rechazaban como inapropiados.

Bien... pisoteé a la muerte y pisoteé la maternidad. Bien, aleluya. Si había que hacer el sacrificio, ¿qué mejores víctimas que esos dos esclavistas emocionales? Y la verdad, fue fácil; tenía la lógica de mi lado, acompañada de la venganza. Chris no estaba muerto; no tenía razones para llorarle, independientemente de lo que hubiese pasado con el cuerpo que había conocido. Y lo que tenía en el útero no era un niño; permitir que un cerebro incorporado fuese objeto de amor maternal sería simplemente una farsa.

Consideramos nuestras vidas circunscritas por tabúes culturales y biológicos, pero si la gente quiere romperlos de verdad, siempre parece encontrar un modo. Los seres humanos son capaces de cualquier cosa: tortura, genocidio, canibalismo, violación. Después de lo cual —o eso he oído— la mayoría siguen siendo amables con niños y animales, la música les hace llorar, y por lo general se comportan como si sus facultades emocionales estuviesen intactas.

Bien, ¿qué razones tenía yo para creer que mis pequeñas —y totalmente desinteresadas— transgresiones pudiesen causarme daño?

No llegué a conocer a la madre de alquiler, nunca vi al clon de niño. Pero me pregunté —una vez que supe que la cosa ya había nacido— si a ella su embarazo "normal" le había resultado tan angustioso como a mí el mío. ¿Qué es más fácil, me preguntaba: cargar con un objeto de cerebro dañado y en forma de niño, sin potencial para el pensamiento humano, creado a partir del ADN de un extraño, o

llevar el cerebro dormido de tu amante? ¿En qué caso resulta más difícil evitar amar de forma inapropiada?

Al principio, había tenido la esperanza de que podría confundir mentalmente todos los detalles, quería poder despertarme una mañana y fingir que Chris simplemente había estado enfermo, y que ahora se había recuperado. Pero a lo largo de los meses, había comprendido que jamás sería así.

Cuando extrajeron el cerebro, debería haber sentido —al menos— alivio, pero simplemente me sentí entumecida, y vagamente incrédula. La ordalía había durado tanto; no podía terminar con tanta facilidad: sin trauma, sin ceremonia. Había tenido sueños surrealistas en los que trabajosamente, pero triunfante, daba a luz a un cerebro rosa totalmente sano, pero incluso de haber querido algo así (y sin duda podrían haber inducido el proceso), el órgano era demasiado delicado para pasar a través de la vagina. Esa retirada por cesárea era un golpe más contra mis esperanzas biológicas; algo bueno, claro, a la larga, ya que mis esperanzas biológicas jamás podrían cumplirse... pero aún así no podía evitar sentirme ligeramente estafada.

Así que aguardé, aturdida, la prueba de que todo había valido la pena.

No podían simplemente transplantar el cerebro al nuevo cuerpo, como si fuese un corazón o un riñón. El sistema nervioso periférico del nuevo cuerpo no era idéntico al del viejo; los genes idénticos no eran suficientes para garantizar algo así. Además —a pesar de las drogas para limitar el efecto— partes del cerebro de Chris se habían atrofiado ligeramente por la falta de uso. Por tanto, en lugar de empalmar directamente los nervios entre los imperfectamente emparejados cuerpo y cerebro —lo que probablemente le hubiese dejado paralizado, mudo, tonto y ciego— los impulsos pasarían a través de un "interfaz" computerizado, que intentaría resolver las discrepancias. Chris seguiría teniendo que pasar por rehabilitación, pero el ordenador aceleraría enormemente el proceso, intentando constantemente salvar el espacio entre pensamiento y acción, entre realidad y percepción.

La primera vez que me dejaron verle, no lo reconocí en absoluto. Tenía el rostro flácido, los ojos desenfocados; parecía un enorme niño impedido neurológicamente, cosa que, evidentemente, era. Sentí un ligero ataque de asco. El hombre que había visto después del accidente de tren, cubierto de robots médicos, había parecido mucho más humano, mucho más completo.

Dije:

—Hola. Soy yo.

Miró fijamente al vacío. La técnico dijo:

—Son los primeros días.

Tenía razón. Durante las siguientes semanas, sus progresos (o los del ordenador) resultaron asombrosos. Su postura y expresión pronto perdieron su desconcertante neutralidad, y los primeros estremecimientos impotentes dieron pronto paso a movimientos coordinados; débiles y torpes, pero esperanzadores. No podía hablar, pero podía mirarme a los ojos, podía agarrarme la mano.

Estaba allí, había vuelto, de eso no había duda.

Me preocupaba su silencio, pero más tarde descubrí que deliberadamente me habían ahorrado sus primeros intentos vacilantes de hablar.

Una noche de la quinta semana de su nueva vida, cuando entré en la habitación y me senté junto a la cama, se volvió hacia mí y dijo claramente:

—Me han contado lo que hiciste. ¡Oh, Dios, Carla, te quiero!

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Me incliné y le abracé; parecía lo correcto. Y también lloré, pero incluso mientras lo hacía, no podía evitar pensar: nada de esto me afecta en realidad. No es más que otro truco del cuerpo, y ahora soy inmune a todo eso.

Hicimos el amor la tercera noche que pasamos en casa. Yo había esperado que fuese difícil, una enorme carga psicológica para los dos, pero no fue así en absoluto. Y después de todo lo que habíamos pasado, ¿por qué debería haberlo

sido? No sé qué temía; ¿un pobre y confuso avatar del Tabú del Incesto atravesando la ventana del dormitorio en el momento crítico, impelido por el fantasma de un misógino desacreditado del siglo diecinueve?

No sufrí ningún equívoco —desde lo simplemente subconsciente a lo endocrino— de que Chris fuese mi hijo. Independientemente del efecto que dos años de hormonas placentarias podrían haberme causado, independientemente de todos los programas de comportamiento que "deberían" haber activado, aparentemente gané la fuerza y la capacidad de superarlos por completo.

Cierto, su piel era suave y sin mácula, y carecía de las cicatrices de una década de arrancarse el pelo facial. Podría haber pasado por un chico de dieciséis años, pero eso no me afectaba, cualquier hombre de mediana edad con el suficiente dinero y vanidad podría haber tenido el mismo aspecto.

Y cuando pegaba la lengua a mis pechos, yo no lactaba.

Pronto empezamos a visitar a los amigos; se comportaban con tacto, y Chris lo agradecía, aunque personalmente, yo hubiese discutido con alegría cualquier aspecto del procedimiento. Seis meses más tarde, volvía a trabajar; su antiguo puesto ya estaba ocupado, pero una empresa nueva buscaba empleados (y querían una imagen juvenil).

Trozo a trozo, nuestras vidas se reconstruyeron.

Nadie, mirándonos ahora, pensaría que algo haya cambiado.

Pero se equivocaría.

Amar a un cerebro como si fuese un niño sería ridículo. Puede que los gansos sean tan estúpidos como para creer que el primer animal que ven al romper el cascarón es su madre, pero hay límites sobre lo que puede aceptar un ser humano cuerdo. Por tanto, la razón triunfó sobre el instinto, y yo conquisté mi amor inapropiado; dadas las circunstancias, en realidad no había más posibilidades.

Pero habiendo desmontado una forma de esclavitud, me resulta demasiado fácil repetir el proceso, reconocer las mismas cadenas bajo otro disfraz.

Ahora me resulta transparente todo lo especial que una vez sentí por Chris. Todavía siento una amistad sincera hacia él, todavía siento deseo, pero antes había algo más. De no haberlo habido, dudo que él hoy estuviese vivo.

Oh, las señales siguen llegando; alguna parte de mi cerebro sigue enviando señales para sentimientos apropiados de ternura, pero esos mensajes son risibles, y ahora tan ineficaces como las tretas de una película lacrimógena de décima categoría. Ya no puedo suspender la incredulidad.

No tengo problemas para seguir como antes; la inercia hace que sea fácil. Y mientras todo salga bien —mientras su compañía me resulte agradable y el sexo sea bueno— no veo razones para agitar la relación. Puede que estemos juntos durante años, o puede que le abandone mañana. Sinceramente, no lo sé.

Evidentemente, sigo feliz de que sobreviviese, y en cierto grado, incluso puedo admirar el coraje y el desinterés de la mujer que le salvó. Sé que yo jamás podría hacer lo mismo.

A veces cuando estamos juntos, y veo en sus ojos la misma pasión desvalida que yo he perdido, siento la tentación de compadecerme de mí misma. Pienso: Me violentaron, no es de extrañar que sea una tullida, no es de extrañar que esté tan jodida.

Y en cierto sentido, es un punto de vista perfectamente legítimo, pero nunca soy capaz de aceptarlo durante mucho tiempo. La nueva verdad tiene su propia pasión fría, sus propios poderes de manipulación; me asalta con palabras como "libertad" y "entendimiento", y me habla del final de todos los engaños. Crece en mi interior, día a día, y es demasiado fuerte para permitirme sentir remordimientos.

FIN

Título Original: Appropriate Love